



Madrid Comico

Director: SINESIO DELGADO

EL PADRE COLOMA



Se ha hablado ya tantas veces del autor de *Pequeñeces*, que yo, al ponerme á escribir, no tengo más que decir.

SUMARIO

TEXTO: De todo en poco, por Luis Taboada.—Preocupaciones, por Eduardo Bustillo.—A Pilar Villapastel..., por Juan Pérez Zúñiga.—Pali-gua, por Clara.—La primera daga, por Fiacre Yrázgor.—El Ángel Caído, por Ricardo J. Catarineu.—De vuelta, por Eduardo de Palacio.—Presentimiento, por Alfonso Muñoz.—Una interrupción, por Sinesio Delgado.—Chismes y cuentos.—Correspondencia particular.—Anuncios. GRABADOS: El padre Coloma.—Variedades.—Anuncios, por Cilia.



Los periódicos dan cuenta de un suceso trágicómico ocurrido en la última semana. Trátase de un joven que es víctima de la persecución amorosa de una mujer casada. Él quiere defender su honor, y acude a la delegación de vigilancia pidiendo auxilio contra la seductora.

—Señor delegado—dice,—yo soy puro como un ángel, y hay quien atenta contra mi virtud. Vengo a colocarme bajo el amparo de la autoridad, para que me defienda.

—¿Qué ocurre?

—Una mujer se ha prendado de mis dotes físicas y me persigue sin cesar; pero no quiero que me suceda lo que á otros infelices que se han dejado seducir, para verse después abandonados, con dos ó tres chiquillos.

La intervención de la autoridad no evitó que la enamorada esposa (de otro) tratase de arrojar á la faz del joven un líquido corrosivo.

—¿No me amas? Pues bien, desfiguraré tu físico—gritaba ella destapando el corcho.

Pero el líquido no llegó á destruir las facciones del pudoroso doncel, que ingresará en un convento para librarse de nuevas asechanzas amorosas.

Á todo esto, el esposo ofendido estaría en su casa esterando las habitaciones con el auxilio de la doméstica, ó quizás se dedicase á jugar el dominó en la tertulia de algún café, ó en cualquier otro círculo de recreo.

—¿Cómo tiene usted á la familia?—le preguntaría alguno.

—Regular—diría él.—Mi esposa es la que anda algo malucha. Casi todo el día se lo pasa de bruces en el sofá dando suspiros y arrancándose mechones de pelo.

—¿Tendrá sucio el estómago?

—No, señor, más bien creo que sea melancolía, porque en cuanto oye tocar la guitarra, rompe á llorar y dice que se quiere morir allí mismo.

—De todas maneras, debe usted purgarse.

¿Quién es capaz de leer en el corazón de las mujeres? Á lo mejor cree usted que su esposa padece del hígado, porque se le ha puesto verdoosa la nariz y arroja enteros los garbanzos; pero no hay semejante hígado: lo que hay es que se ha enamorado de un tenor cómico, ó de un tasador de muebles, ó de un cura castrense; de cualquiera, porque las mujeres son así, caprichosas de suyo, y algunas, cuanto más mimadas se ven, más se aburren.

—Fillito, ¿qué tienes?—pregunta cariñosamente á su esposa un marido infeliz.

—Quítate de mi vista, que pareces el espíritu de la golosina.

—Pero, mujer, ¿qué culpa tengo yo de estar flaco?

—¿Te parece bien que te vean los amigos con ese pescuezo chupado y esas canillas?

Y todo esto viene de que ella se ha prendado de uno que toca el trombón en el Circo; es hombre de buenas carnes y blanco como la nieve. Desde que vió al trombón no puede soportar la presencia de su esposo, y á cada paso le dice:

—Si yo hubiera sabido que tenías esos huesos puntiagudos en

el escote, ¡cualquier día me caso contigo! ¿Qué dirían las personas decentes si te vieran en calzoncillos?

Hay esposas que expresan claramente su disgusto, y las hay que guardan silencio y hacen cuanto les viene en gana.

Llega el marido de la calle, y dice:

—Mira, Jenara, te he comprado este melón, porque lo vi tan hermoso que no quise dejarlo.

—No me exijas que coma melón, Rodríguez—responde ella.

—¿Por qué?

—Porque me recuerda á papá, que era loco por esta fruta.

—No seas tonta, cómelo.

—Es inútil. Antes pasarás por encima de mi cadáver.

Jenara no prueba el melón. Lo que hace es escribir la siguiente carta al objeto de su cariño:

«Pepe del alma: No puedo resistir la tiranía de este verdugo aborrecible.

Hoy me ha traído un melón, y yo, pensando en ti, me he negado á comerlo. Todo lo que procede de él me es odioso y repugnante. Á tí solamente adora mi corazón, Pepe mío.»

En medio de todo, hay maridos que tienen suerte, como el de la señora del líquido corrosivo, que quiere amar y encuentra cerradas las puertas del crimen.

No es éste el primer caso que conocemos.

En nuestra vecindad vive una señora que está enamorada de un mancebo de botica, tímido como una lombriz y hermoso como una rosa de Alejandría. Ella acude á la farmacia con mil pretextos, y cuando él está más distraído, aparece la señora diciéndole cariñosamente:

—Buenos días. Déme usted diez céntimos de cerato simple. Que sea bien fresco.

Él despacha el cerato y recoge el perro grande con la faz ruborosa y el pulso trémulo.

Á los pocos momentos reaparece la señora preguntando:

—¿Tiene usted aceite de almendras dulces?

—Sí, señora.

—Pues déme usted un poquito.

—¿Cuánto?

—Lo que usted quiera. Es para suavizar el cutis. ¡Ay! ¡Cuánto sufre una cuando no es comprendida ni se saben apreciar los sentimientos de una!... Usted se llama Avelino, ¿no es esto? ¿Qué nombre tan bonito! Además, usted es manchego. Lo he sabido por una amiga que compra aquí la flor de malva. ¿Hace mucho que tiene usted ese lunar en la mejilla?

—Sí, señora; me salió en Madriditos, hace seis años.

—¡Madriditos! ¡Qué hermoso país! Allí tendrá usted todas sus afecciones... No me lo niegue usted, Avelino.

—No tengo á nadie.

—Sí, tendrá usted novia, lo leo claramente en esos ojos...

Avelino vuelve á ruborizarse, y para disimular su agitación, coge unas píldoras y las machaca en el mortero, sin saber lo que hace. En aquel momento sale el boticario, y al ver el estropicio, grita furioso:

—¿Qué está usted haciendo, animal? ¡Machacar las píldoras! Y quiere tirarle á la cabeza un bote de unguento amarillo.

La señora interviene y dice en voz baja á Avelino:

—Sacuda usted el yugo de ese tirano, huya usted de aquí.

Pero él no está dispuesto á correr aventuras y se oculta en la trastienda, triste y macilento.

Gracias á la timidez natural de algunos jóvenes, no ocurren más disgustos matrimoniales; pero de todas maneras, el mundo está muy desarreglado, la sociedad se desmorona de día en día y la inmoralidad cunde.

Huyamos del pecado.

LUIS TABOADA.

PREOCUPACIONES

Y no es sólo en la hermosa Andalucía donde, á pesar del puro cristianismo, dejó la morería la influencia mortal del fatalismo.

Con el escrito estaba! que hasta el bárbaro crimen sancionaba, toda el alma llenó del pueblo ibero la flaqueza que acaba por crear en conjuros de hechicero.

Y la superstición fué una invasora en pechos duros como en almas tiernas, y después de los siglos, aún ahora pone el pie á la señora
regnumque torres, pauperum tabernac.

El *lolo* malagueño se le nombró hace poco á un madrileño, y, con fe de andaluz, una hora y cuarto me mareó gritándome: "¡Lagarto!"

No hay nadie que no sepa que al ir al juego su fortuna crece tocándole en la *cheja* á cualquier jorobado que tropiece.

De blanca mariposa ó gato negro la inesperada aparición es grata; mas puede ser fatal, según mi suegro, si al fin el gato nos resulta gata.

Hay quien por las aceras anda á saltos vaya á la iglesia ó vaya de visita, y es presa de terribles sobresaltos cuando en las rayas el pisar evita.

Yo conozco una actriz, y de provecho, que entra en escena con el pie derecho; pues si el izquierdo entonces adelanta, dice que ya el papel se le atraganta.

¿Viajar en viernes ó casar en martes? De tan horrible tentación te apartes, aunque ves que ya el *choque* en cualquier vía es nuestro *cocorron* de cada día,

y aunque sabes que Pepe, casado en lunes por su suerte negra, sufre de su mujer cada julepe que es delicia y encanto de su suegra.

Y la sal con espanto se derrama, se vierte el *pelón* con alegría, y se rompe un espejo y á Dios clama la hermosa que su faz en él veía.

Y un poema más largo que el del Dante se puede planear en un instante con las doscientas mil supersticiones vivas y coleando en nuestros días: esas *preocupaciones* que bien pueden pasar por tonterías.

EDUARDO BUSTILLO.

Á PILAR VILLAPASTEL...

... (bailarina de salón, que está siendo la irrisión de todo el que va al hotel de mi amigo Gil y Mon).

Aunque te ofendas, Pilar, te voy un consejo á dar, ya que no tienes en cuenta que es ridículo bailar pasando de los cincuenta.

No dances más, hija mía, pues veo que en el hotel se burlan de tu manía, y vas á salir un día con un rabo de papel.

Cuando empiecen á tocar, quitate, por Dios, de enmedio.

¿No has llegado á sospechar que te sacan á bailar cuando no hay otro remedio?

¿Y quién te saca? Menchaca, sólo por darte matraca, ó el pobre don Cucufate, que está loco de remate y no sabe lo que saca.

También te invita Marcial, un teniente coronel que aún se menea tal cual y á su esposa ha sido infiel y está cojo por su mal.

Pero pasa muy mal rato,

pues tú bailas como un pato y él se enreda en tus vestidos, y le das unos bufidos que le dejan tarulato.

Tú ten esta convicción: si alguien te saca á bailar, es con la sana intención de ver si te hace rodar por la alfombra del salón.

¿No conoces, criatura, que hasta el gato, apercebido de tu risible figura, se burla de tí, escondido detrás de una colgadura?

Deja, pues, de concurrir á esos bailes, ó, si vas, ponte á llevar el compás en un rincón, ó á dormir mientras bailen los demás.

Pues así como en tus días de juventud te lucías donde quiera que bailabas y á un peón te asemejabas por lo bien que te movías, hoy, al verte hecha un pendón en el hotel de don Gil bailar vals ó rigodón, me pareces un peón, ¡pero un peón... de albañil!

JUAN PÉREZ ZÓNGA.

PALIQUE

Manuel del Palacio sigue echando chispas, y una de las últimas que ha echado tiene por objeto la *excomulgación* del cadáver del general Boulanger, que en paz descanse.

Con un valor que no todos tendrían, Palacio le dice al general que fué un desertor de la batalla, y que por ende faltó á su deber y mereció castigo.

La batalla, ya lo saben ustedes, es la de la vida, y merced á esta socorrida metáfora resulta que los verdaderos valientes, los héroes son los que se agarran á la existencia y antes de desertar consienten en toda clase de sacrificios.

Tomando la metáfora por donde quema, no negaré yo que M. del Palacio haya dado muchas veces más pruebas de valor que el general Boulanger.

Pero en fin, D. Manuel, ¿qué demonio! seamos generosos y perdonemos á los *cohardes* que por cuestión de faldas desprecian la vida.

¡Matsarse por una mujer! ¿Habráse visto pusilanimidad semejante? Por una mujer y hasta de una mujer se pueda vivir, pero morir: *Ta day*, proeza.

No es Manuel del Palacio el único que con tan *plausible* motivo, comparándose con Boulanger, se considera hombre superior de verdad, por el mero hecho de vivir sin ánimo de suicidarse aunque se acaben todas las hembras del mundo.

Pero lo que yo creo opinión exclusiva del poeta chispero es lo que dice después. Según él, quien lleva en el cinto espada no puede amar á más mujeres que á su madre y á la patria.

Aviso á los mozos de la segunda reserva que tengan novia y no sepan que están pecando gravemente.

Por algo á los poetas se les llama *mantles vates*, porque son inventores y profetas. Palacio ha creado eso: el celibato militar.

Ya lo sabe la clase de tropa: su principal obligación es guardar estrictamente el voto de castidad.

Es muy probable que nuestros primeros cadetes y tenientes en estado de merecer se subleven contra la nueva disciplina que ahora saca ese Sánchez Bregua del Parnaso.

Y se sublevarán, no por el huevo, sino por el fuero, como se dice vulgarmente.

**

No sé, ni sospecho, quién es un señor Zeda que escribe de teatros en *La Época*. Pero quien quiera que sea, tiene razón en pedir que el gobierno subvencione un teatro español en que se junten todos los actores buenos y regulares que tenemos.

En lo que yo no estoy conforme con esa especie de omega del abecedario, es en el modo que tiene de decir las cosas, que pugna con todas mis creencias y con las venerandas tradiciones lingüísticas que estoy acostumbrado á respetar.

Dice él: «El primero de aquellos (teatros) que se nos viene á la pluma es el de la Comedia.» Bueno, pasemos por alto tamaña venida, y vamos á lo que importa. «Situado en el paraje más céntrico de Madrid, favorecido así (¿cómo?) por la parte distinguida del público...» Admitiendo que así signifique por esto, por esta razón, no sé por qué ha de ser el público *distinguido* el que prefiera el paraje más céntrico. Me parece eso una *arxivencia*. «En la escena de la Comedia han aparecido los dos primeros actores de la época: Mario y Vico.» ¡Hombre, la época, la época... Mario... la época... no me suena eso. ¿Habrá usted querido decir temporada... ó *scenaricio*, como Blasco?

Opina Z que Vico y Mario «tienen que luchar con un enemigo formidable: el público.»

De modo que si el público les tira patatas y butacas, no hay comedia posible. Pero ¿por qué el público ha de ser enemigo de esos dos ilustres cómicos? «Ambos notables, pero *ambos* distintos.» Magnífico, señor Zeda! ¿Ha encontrado usted algo? ¡Un disparate nuevo! *Ambos* distintos, ¡Genial! De modo que no siendo iguales Vico y Mario, no sólo se distingue Mario de Vico, sino que ¡oh maravilla! también Vico se distingue de Mario.

Créame el señor Z: cuando dos actores se empeñan en ser ambos distintos, no hay teatro posible.

Excuso decir á ustedes que Zeda es un crítico, ó se dispone á serlo por lo menos.

CLARÍN.

LA PRIMERA DUDA

—Ya que has hecho, Magdalena, tu primera confesión al final de la novena del Sagrado Corazón,

si ha de ser te provechosa como á buena penitente, te hace falta ser juiciosa, recatada y obediente.

Ser humilde sin alarde y seguir, como el mejor, el consejo que esta tarde te haya dado el confesor.

De este modo, el enemigo, que á las almas encadena, no podrá luchar contigo porque ya que eres muy buena, y libre así del infierno, alcanzarás la victoria de gozar del bien eterno que disfrutan en la gloria.

—Dí, y en todo lo que el cura me ha dicho, tiene razón? Porque á mí se me figura que ha habido exageración.

—¿Qué dices, desventurada? El confesor no exagera, porque explica la sagrada doctrina, la verdadera.

—Pues yo tendría capricho de saber si me ha engañado.

—¿Pues qué te ha dicho?

—Me ha dicho

que el baile es un gran pecado; y figúrate, al oír, cuál sería mi sorpresa, cuando sé que sueles ir á los de la baronesa.

—Niña, no le has entendido.

—¿Pues para qué me confieso?

—Lo que él decirte ha querido no es eso.

—¿Vaya si es eso!

—Los bailes que da mi amiga la baronesa, no son de los bailes que castiga nuestra santa religión.

—¿Pues qué son?

—Sencillamente

un salón rico y brillante donde acude mucha gente distinguida y elegante.

Se charla con las señoras, se escuchan á los caballeros palabras halagadoras y requiebros lisonjeros; se hacen joyas y trajes

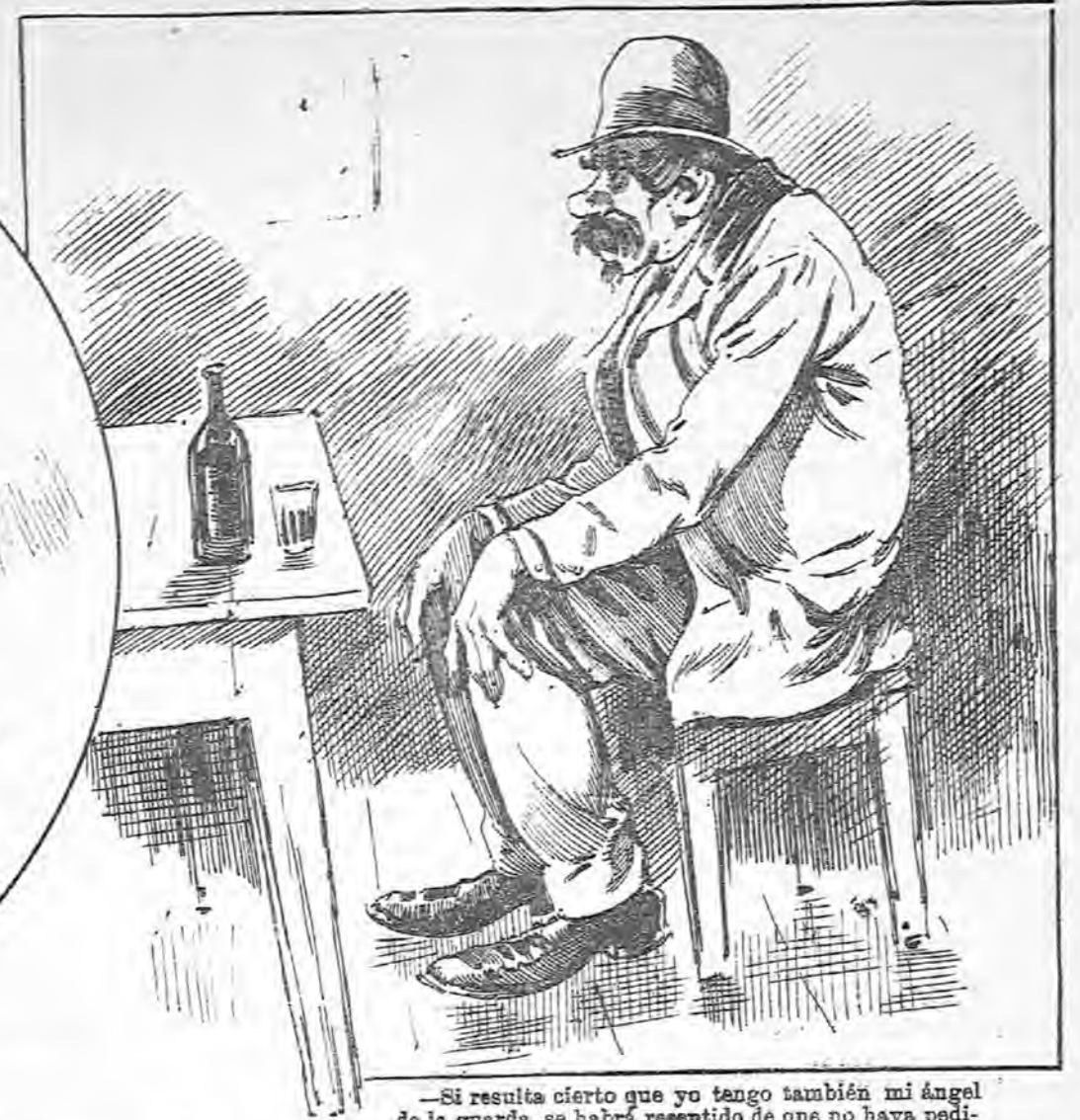
VARIEDADES



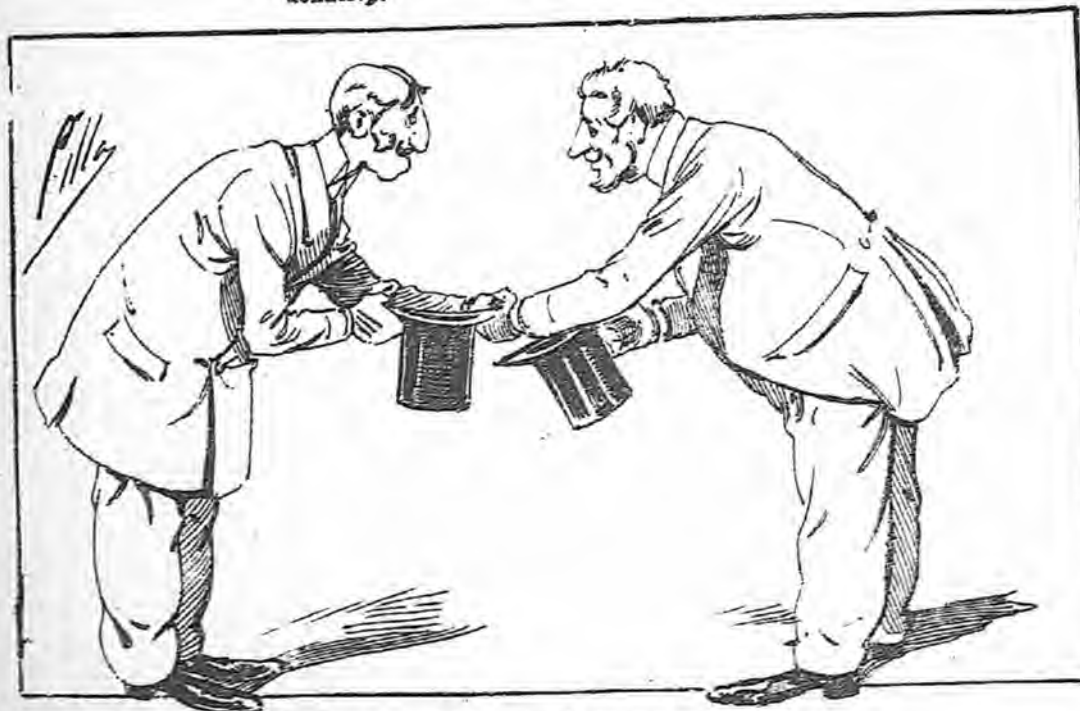
—Es usted de Consuegra?
 —No, señor. ¿Por qué lo dice usted?
 —Porque esa americana parece procedente de un donativo.



—Hola! Este que me sigue es el que andaba antes detrás de la Matilde. Se conoce que ya le ha pedido los seis mil reales.



—Si resulta cierto que yo tengo también mi ángel de la guarda, se habrá resentido de que no haya pedido otra botella para él. Estoy por pedirla.



—Póngame usted á los pies de su señora.
 —No puede ser; ahora vive con otro.



—¿Dónde va usted con eso?
 —Aquí, al número 14.
 —Yo lo llevaré si no quiere usted molestarse.



Colectión de retratos de tiene Emilia. Ninguno es de persona de su familia.

y bordados de tisú,
flores y plumas y encajes...
y se pasa... al ambigü.

—Cuál, prueba el *champagne froissé*
de las copas espumosas,
y cuál, dulces, y cuál, té...

—Y *cuñer*, de las tres cosas.
Todo allí es regio y santuoso
y allí la opulencia brilla...

(menos cuando algún gomoso
se lleva una cucharilla),
y lo pasamos de un modo
que, al acabar de cenar,
hemos hecho allí de todo,
de todo, menos bailar.

—¿Comprendes?
—Perfectamente.
—Luego un baile iluminado,
con lujo y con mucha gente

no es pecado?

—No es pecado.
—¿Y al son de la murga?

—Sí.
—¿Y á oscuras?

—¡Mucho más feo!
—¿Y todo el que baila así
se condena?

—¡Ya lo creo!
—Pues entonces, mi papá
se va á condenar.

—¿Por qué?
—Porque... anoche...
—¿Dilo ya!

—Fuí yo al comedor... entré,
y estaba con la niñera,
cogiéndola por el talle
y bailando una habanera
que tocaban en la calle.

FIACRO YRÁNZOZ.

EL ÁNGEL CAÍDO (1)

(A DON LUIS ALFONSO)

La tarde era de junio: María, cariñosa,
su manecita leve como una mariposa
sobre ni firme brazo temblando colocó.
Errantes anduvimos por calles apartadas,
hablando poesía, robándonos miradas,
y al fin hacia el Retiro la suerte nos guió.

María es una loca, con dejos inocentes;
más negros que el basalto sus ojos transparentes,
más negros sus cabellos, su cuerpo escultural;
es viva, sólo sabe pensar en los amores,
tiene algo de los astros y mucho de las flores,
y oculta mármol griego su traje de percal...

Cruzamos arboledas en revoltoso giro,
saciándonos del aire de aromas del Retiro;
con hojarasca y polvo su pie jugueteó;
á veces á hurtadillas, entre risueña y loca,
su beso apasionado clavó sobre mi boca,
y dentro de mi alma su beso resonó.

Del fiero Angel Caído llegamos al paraje;
prestándonos un árbol su verde cortinaje,
miramos de los coches la interminable red.
Ocultas en la sombra, las manos se buscaba
las vueltas y revueltas de coches mareaban;
mirábamos ansiosos, mirábamos con sed.

Yo estaba pensativo cuando ella, con su acento
tan dulce y cadencioso como rumor de viento,
me dijo en voz muy baja:—¿Por qué nos hizo Dios
tan pobres, y á la vista nos pone tal derroche
de lujo y gentileza? ¡Nosotros en un coche!
¡Qué buena parejita seríamos los dos!...

—¿No ves? En los caballos el lujo se retrata.
¡Cuán lucen sus hebillas magníficas de plata,
que hieren nuestros ojos con brillo sideral!
¿No ves á esas mujeres? ¡Qué joyas y qué flores!
¡Qué garbo! ¡Qué apostura! ¡Qué sedas de colores!...
¡Y yo, que sólo tengo mi traje de percal!

Entonces yo repuse:— Mi celestial María,
¿no adviertes de aquel joven la gran melancolía?
¡Aquél! Es un bohemio que adora á una mujer.
¡Obsérvale! Su vaga mirada soñadora
se para en el carruaje de la mujer que adora;
es rica, él es poeta... ¡Ya ves! ¡No puede ser!

María la mirada lanzó sobre el poeta;
yo vi una perla en forma de lágrima indiscreta;
sus ojos se impregnaron de dulce compasión,
y se inclinó en mi hombro, diciéndome al oído:
—¿Qué vale esa riqueza, si se compara al nido
en que los dos formamos un solo corazón?

María, aquellos tiempos rodaron al olvido,
y aún, al mirar la estatua del fiero Angel Caído,
recuerdo mi amor loco, tu loca juventud...
Aún en la estatua el Angel sin esperanza gime,
y de su rabia el gesto, por lo brutal sublime,
estática contempla la errante multitud.

RICARDO J. CATARINEU.

DE VUELTA

¿Quién no ha regresado en estos días á Madrid?
Únicamente los que no han salido.
Es denigrante no volver de algún aplaudido balneario, ó de
un puerto de mar barato.

(1) Hace pocos números publicó MADRID CÓMICO la caricatura de mi ilustre tocayo el Sr. Beliver, autor de la magnífica estatua que ha inspirado estas coplas.

¿Á quién se le confiesa esa falta?

—Mire usted, no he salido á baños, ni siquiera á jugar un
«treinta y cuarenta» inclusive.

Respondería la persona á quien tal revelación se hiciera:
—No tiene usted vergüenza, ni cosa que lo valga.
Es el tema de las conversaciones en sociedad y en familia.

—¿Usted dónde ha estado?

—Yo? En Hernani.

—Siempre romántico.

—¿Y usted?

—Yo en las *Visperas sicilianas* y en *Lohengrin*.

Una señora, repentina, dice con fruición á sus amigos:

—Yo me he bañado en Arcachón.

—¿Con ostras?

—Aquello es delicioso.

—Muy francés.

—¿Y tu papá?

—Mi papá no deja su Spada ni á tiros.

—Claro, como que tiene la suerte de ser general de brigada.

—Yo estuve el año último en Alicante, porque me gusta va-
riar—opina un joven de diez céntimos no escogido,—pero se
pasa mejor la vida en Coruña.

—Es lienzo más fresco.

—¿Y cómo vienes, hija! ¡Qué morena!

—¿Quién se atreve á no ser morena este año?

—Verdad es que este año viaja lo más *turf*.

—No, mujer, lo más *pschut* y lo más *fin du siècle*.

—¿Cómo se ha notado la falta de personas conocidas! Por ca-
sualidad se tropezaba uno con alguna cara «que dijese algo.»
Parecía que las habían importado exprofeso para el consumo
durante los meses de calor.

—Es claro, como que estábamos en San Sebastián las de Co-
dillo, las... nosotras, las...; en Bilbao la de... la...; en Biarritz está-
bamos...

—¿También vosotras?

—Por fin, ya habrás visto la prensa; los periódicos lo dicen
todo. Por cierto que al nombrarme se equivocaron los cajistas
y pusieron: Elisa N. admirablemente vestida, por escribir admi-
rablemente hermosa. Gracias á que se sobreentiende.

En otra estación, cualquiera morena ó cualquier moreno arti-
ficiales procuran ocultar su color á los amigos.

Ahora se exhiben con vanidad.

Es preciso establecer diferencias.

Las tostadas son las personas principales.

Siquiera medias tostadas de abajo ó de arriba.

No se puede ser menos.

En los senos de las familias despilfarradas empieza el vía
crucis.

Es necesario economizar tanto como se ha gastado.

Así decía un nene, retirándose al asunto:

—¿En mi casa han traído unas consecuencias los baños!...

—¿Pues?

—Hemos perdido el principio todos y los postres algunos.

—Anda—le decía otro muchacho para consolarle:—Eso vuel-
ve á salir.

EDUARDO DE PALACIO.

PRESENTIMIENTO

I

—¿Pues no me hallo nervioso?... ¡Vaya, me gusta!

Yo, que cuando soltero nunca por nada
me asustaba, casado todo me asusta,
hasta... la simple cita de una casada.

Fuera escrupulos, ea. ¿No soy el mismo?

¿Que se la pego á Paco? ¡Vaya una cosa!

Sin embargo, en mí siento cierto egotismo;

como hoy, nunca he pensado que tengo esposa.

¡Victorina del alma! ¿Por qué te ofendo?

¿No tengo en tus virtudes una fe ciega?

Claro que sí, Dios mío. Pues si la tengo...

Vaya, vaya, á la calle, que la hora llega.

Pobrecilla, lo ajena que estará en misa

que, mientras ella emplea místico anhelo

para al cielo elevarse, yo con Elisa

por distinto camino llegaré al cielo...

II

Estoy hecho un doctrino. Vamos, cochero,

calle de Recoletos, para en la esquina...

Acordarme de Elisa tan sólo quiero,

y no puedo olvidarme de Victorina.

Ni Paco se me aparta de la cabeza...

y el corazón me late, como si ahora

se tratara de un crimen... Esto, que empieza

á rayar en lo tonto, vamos, me azora.

¿Es tal vez culpa mía que se enamore

de mí una buena moza que está casada?

¿Debo yo rechazarla, porque me adora

y aborrezca á su Paco?... No señor, nada.

III

¡Por dónde voy? Peligros. Cocheiro, para.
Me iré desde aquí andando, que á tiempo llego,
porque si allí me bajo y alguien repara,
sabe Dios lo que puede suceder luego.

¡Aquella mujer!... ¡Diablo, pues si es la mía,
con un hombre del brazo!... ¡Mayor vileza!
¡Infames! Pero... ¡es Paco! Yo bien decía:
¡Paco no se apartaba de mi cabeza!

ALFONSO MUÑOZ.

UNA INTERRUPCIÓN

Tomelloso, antes de ayer,
dominó á la concurrencia
al dar una conferencia
sobre el tema «La mujer.»
Un discurso furibundo
de escepticismo rabioso;
como que está Tomelloso
desengañado del mundo
y á esta sociedad podrida
ha declarado la guerra,
porque sabe que en la tierra
no hay más que gente perdida!

Así es que pasó dos horas
en completo desvarío
diciendo pestes. ¡Dios mfo!
¡cómo puso á las señoras!
Embusteras, informales,
sacos de malicia llenos,
y todas, cual más, cual menos,
unas tales y unas cuales.

Tomelloso, cuando empieza,
no suele pecar de blando,
y decía así, pegando
puñetazos en la mesa:

«Yo creo que Satanás
ha inventado las mujeres
para alimentar placeres
materiales nada más.

Son volubles en amor
y nunca podrán tener

ni la noción del deber
ni la idea del honor.

Por eso comete el hombre
una sandez infinita
cuando en ellas deposita
el crédito de su nombre.

¡Quién halló, por su fortuna,
una excepción! ¡Qué cristiano
se atreve á poner la mano
en el fuego por ninguna!

¡Quién es capaz de jurar
que la virtud, puesta á prueba,
no es vicio oculto que lleva
el deshonor al hogar?

¡Se engañan los soñadores
que ensalzan á las mujeres!
¡Instrumentos de placeres,
y no otra cosa, señores!...»

Y así en tonos diferentes
segua el buen Tomelloso
apostrofando furioso
y asombrando á los oyentes.

Iba á triunfar la opinión
de que aquel hombre era un pasmo,
y á trocarse el entusiasmo
en delirante ovación,

cuando logró contenerla
uno que gritó:—¡Compadre,
ha puesto usted á su madre
que no hay por dónde cogerla!

SINESIO DELGADO.



En un pueblecito cercano á Puente deume, una joven soltera (fijense ustedes bien, soltera) ha dado á luz con toda felicidad ¡cinco robustas niñas! que á la hora presente disfrutan de completa salud.

Estoy oyendo á la pobre madre:

—¡Demonio! ¡Cualquier día vuelvo yo á tener otro descuido!

He leído que las damas
que tornan del extranjero
del albo cuello colgado
traen como dije un cencerro.
¡Son el diablo los franceses!
Se llevan nuestro dinero,
y nos mandan las condesas
disfrazadas de cabestros.

—¿Conoces á aquel caballero que cruza la calle?

—Sí; he tenido el honor de cruzar mi sable con el suyo.

—¡Calla! ¿Os habéis batido?

—No; pero le pedí yo cinco duros cuando él iba á pedírmelos á mí.

Libros:

Esposa y madre, lindísima novelita de D. N. Jaén Rosales. Precio: en Madrid, 1,50 pesetas; en provincias, 2 pesetas.

La vida cursi, colección de artículos de Luis Taboada, chispeantes como todos los suyos y que no podemos elogiar demasiado porque parecería bamba propio. El libro está ilustrado profusa y maravillosamente por Pons y acaba de publicarlo la casa editorial de Fe. Precio: 3,50 pesetas.

El aviadero, novela corta de Luis Bonafoux. Figura en el mismo tomo una colección de artículos que el autor titula *Páginas sueltas*. Bonafoux tira chinitas al MADRID CÓMICO, pero no le guardamos rencor porque es,

en el fondo, una buena persona. Hemos leído el libro con mucho gusto, y recomendamos su lectura. Precio: 3 pesetas.

Discurso leído en la Sociedad Filantrópica Artística, en la inauguración del curso académico de 1891 á 92, por el secretario, D. Luis Zapatero González.

De Oriente á Occidente, comercio, industria, administración é impuestos de los pueblos antiguos, por D. Toribio Tomás Caballero y Esteban, perito mercantil y oficial del cuerpo pericial de Aduanas. Interesante libro de consulta. Precio: 10 pesetas.

—
Escribir sonetos cortos
dice que es su ocupación.
¡Y los críticos le llaman
«el distinguido escritor!»

—
Se publican unos libros
y se hacen unas zarzuelas....
Vaya, que mejor sería
robar en Sierra Morena.

FRANCISCO CÁCERES.



D. Felipe Ducazal y Lasheras, queridísimo amigo nuestro, ha muerto el día 15 de los corrientes.

La Redacción de MADRID CÓMICO se asocia sinceramente al dolor de la familia del finado y hace votos por el eterno descanso de su alma.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Sr. D. E. G.—¡Ay! ¡Qué floja es!

Pedro.—«El amor es un fluido inexplicable
que nos causa un anhelo vespertino,
él nos enseña buen ó mal camino
y siempre fué de todo muy apreciable.»

¡Arsal! De todos los cantos que se le han dedicado al amor, no conozco ninguno más *vespertino* que ese.

Sr. D. E. P. F.—Madrid.—Esas composiciones con pie forzado están mandadas retirar hace mucho tiempo. Además, el asunto es de una vulgaridad verdaderamente lamentable.

Sr. D. E. M.—Defecto que también tiene el de la de usted, corregido y aumentado.

¿La mando?—No señor, porque verá usted:

«Te adoré con frenesí
y tú, mísera mujer,
despreciaste mi pura pasión
por la impura y solaz
de aquel brigadier.

Esos no son versos ni nada. ¡Qué es pasión *solaz*!

Porque el diablo sabrá lo que ha querido usted decir con eso.

Doctor camista.—Huya usted de los asuntos manoseados y de las asonancias, si es posible. Porque tiene usted facilidad para la versificación.

Vinajeras.—«Yace en esta soledad
bajo la tumba sombría
el ser que yo más quería
dejándome en orfandad...»

¡Muy bonito epitafio y aun apropiado para un periódico festivo! Pero el ser que usted más quería no descansará *hajo* la tumba, ¡digo yo! sino en la tumba misma.

Felata.—«Mi estimado *hantigo*...» ¡Perdona, hijo, pero yo no tengo amigos con hache. Y no leo más.

Sr. D. E. B.—«Dejame paloma mía
estar á tu lado cerca
para escuchar palabras
llenas de amor y ternura.»

Bueno, póngase usted cerquita, pero no se coma usted las sílabas, porque no tiene nada que ver el oído con las *témporas*.

Sr. D. S. E. G.—Madrid.—Los piropos así, sencillos y sin trascendencia, no tienen interés para nadie más que para la persona piropenda.

Sr. D. A. R. F.—«En un pueblo de Galicia
se aproximan las elecciones...»

¡Alto! Ahí ha pasado una sílaba más de las que consiente el reglamento. Sr. D. M. R.—Mala y mal medidos los versos además.

Farnelita.—Se le ha ido á usted la mano, compadre. Hay palabras que no pueden escribirse en letras de molde.

L. fan. T.—No hace falta que diga usted que es la primera ó de las primeras que hace. Se conoce á cuatro kilómetros.

Sr. D. M. J. M.—Granada.—¡Por Dios! no se meta usted en diálogos de maletas. Porque eso está más gastado que el andar á gatas...

Sr. D. A. D. S.—Madrid.—No está mal hecha, no señor; pero aquí esas cosas serias y formales...

A. E. C. Darío.—Mire usted, en cuanto al romance, resulta pedestre, parece prosa pedestre. Y no hay peor cosa.

Cleodindo.—¡Buen punto debe usted ser para una *juerga*... de esas juergas aburridas que hay en el mundo.

Rogue.—Sí, ¿eh? ¡Pues no hay duda de que con el concurso de usted estábamos salvados! ¡Valiente concurso!

A. C. I. T.—El año 86, si yo no estoy equivocado.



LAS TULLERÍAS
Bata, 5.
—¡Dios mío! ¿hasta cuándo va a durar esa cola que me encuentro?
—Es gente con *il faut* que está esperando que acaben de comer los que están dentro.

ANUNCIOS



Los ingleses son tumbones y todo lo que esté quiera, pero mandan pantalones a PESQUERA, para tres generaciones.
Magdalena, 20.



Compra los zapatos en *La Bota de Oro*, que aunque son baratos, valen un tesoro.
Magdalena, 17.



Bien decía Gen-Gis-Kas, fundado en sabias razones: —No hay en el mundo bastones como los que vende GRAS.



Para después de comer, nada hay mejor, y es probado, que el archirenombrado *Cognac fino de Moquer*.
Sobrinos de Guisay. — Corveta, 27 y 29.



—Si en vez de vagones llevaran los trenes camas de la fábrica de la Plaza de la Cebada, núm. 1, no tendrían consecuencias los choques. Porque no se deshacen aunque les caiga encima una montaña!



Según la estadística, todos los que se casan y no compran el anillo nupcial en casa de **SORIA**, Magdalena, 18, son infinitamente desgraciados.

EL RELOJ DE LUCERNA



Y le contestó un pilluelo: —Tienes razón, Gen-Gis-Kas, pero nadie corta el pelo como en casa de **TOMAS**.
40—Aicalá—40



—Si te vuelvo a ver con el otro, te rompo cuatro dientes.
—Y a mí, ¿qué me importa?
—¿Que no?
—No, porque me voy a casa de **TIRSO PÉREZ**, Mayor, 73, y allí me ponen en seguida otros más blancos que los míos.



Por sesenta céntimos se compra un *Pick-Nick*, que es cosa que sbriga mejor que un carrick.



Aquí está Gastón, Gastón aquí está, ¿qué gran ocasión! él algo sabrá. Sepámos cuál es, al cabo y al fin, la *Perfumería* mejor de Madrid (1).

(1) La Americana, Espos y Miñas, 26.



Artículo único. — No se admitirá en los círculos de buena sociedad a ninguna persona que no lleve camisa de casa de Martínez, *San Sebastián*, 2.

TIRSO RODRÍGUEZ
Atocha 75 y 77.



No me enseñe usted más telas, porque tan bonitas son, que me van a dar viruelas de tanta sofocación.



Se pueden hacer retratos de ruidos que no se oyen usando los aparatos de la tienda de *Irigoyen*.
Esparteros, 3.

Lit. Madrid Cómico, Jesús del Valle, 36.

LA COMPAÑÍA COLONIAL
HA OBTENIDO
EN LA EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE PARÍS
Medalla de oro, por sus Chocolates.
Medalla de oro, por sus Cafés.
Medalla de oro, por su Tapioca.
DEPÓSITO GENERAL
CALLE MAYOR, 18 Y 20
SUCURSAL
MONTERA, 8, MADRID

MADRID CÓMICO
PERIÓDICO SEMANAL, LITERARIO, FESTIVO É ILUSTRADO

PRECIOS DE SUSCRICIÓN
Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50; año, 8.
Provincias.—Semestre, 4,50 pesetas; año, 8.
Extranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.
En provincias no se admiten por menos de seis meses y en el extranjero por menos de un año.
Pago adelantado, en libranzas del Giro mutuo, letras de fácil obra ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

PRECIOS DE VENTA
Un número corriente, 15 céntimos.—Idem atrasado, 50.
A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Península, 4, primera izquierda
Teléfono núm. 2.160.
DESPACHO: TODOS LOS DÍAS DE DIEZ A CUATRO